



## AGENDA DE PODER

### Golpear aquí, doler allá...



POR HUMBERTO  
BLIZZARD  
@BETOBLIZZARD

“No hay motivo para renunciar”. Con esas palabras, la diputada federal Araceli Brown intentó cerrar la puerta al escándalo que la persigue desde que el Departamento del Tesoro de Estados

Unidos la incluyó en una lista vinculada al Cártel de Sinaloa. Casi en paralelo, otro personaje con sello obradorista, Adán Augusto López, empezó a enfrentar acusaciones que lo han dejado sin respaldo del poder oficial. Dos casos distintos en apariencia, pero que al sumarse terminan mostrando lo mismo: cuando Washington señala o cuando el sistema interno decide soltar la mano, los golpes no se limitan a individuos: alcanzan al propio López Obrador y a la 4T.

La historia de Brown es conocida: alcaldesa en Rosarito, diputada federal y militante del obradorismo duro. Brown terminó en las listas negras de la OFAC, acusada de brindar protección a operadores financieros de “Los Mayos”. La UIF mexicana respondió bloqueando sus cuentas. Ella insiste en que todo es un montaje. Lo relevante, sin embargo, no es su alegato personal, sino lo que su caída simboliza: cada vez que Washington mete el dedo en la llaga, el tablero de Morena se sacude.

El primero en mover piezas fue Ricardo Monreal. Con la sanción como munición, exigió que Brown pidiera licencia y convirtió el escándalo en un instrumento para acorralar a Los Puros, el grupo que lidera Alfonso Ramírez Cuéllar y que llevaba meses intentando disputarle espacios en la coordinación parlamentaria. El mensaje fue claro: en

la Cámara no hay lugar para quien cargue con la sospecha de narcotráfico. Monreal entendió que este episodio le permitía replegar a la disidencia interna y presentarse como el operador capaz de poner orden justo antes de la discusión de la reforma electoral de Claudia Sheinbaum.

En paralelo, Adán Augusto López empezó a vivir otra forma de aislamiento político. Primero derivado del tema de Hernán Bermúdez, quien fuera su jefe de policía años atrás en Tabasco, y más recientemente

por una presunta omisión en sus declaraciones patrimoniales y de ingresos ante el Congreso. Más allá de la veracidad o falsedad de las acusaciones en su contra, lo cierto es que desde el poder oficial le soltaron la mano. El senador tabasqueño, que se definía como “hermano” del otro poder —el de facto, que despacha desde Palenque—, ha quedado solo. Y en política, la soledad es condena. El mensaje es igual de potente que en el caso Brown: pegarle a Adán es pegarle al círculo más cercano de López Obrador.

Para Sheinbaum, ambos episodios tienen lecturas distintas, pero efectos comunes. Brown le resulta incómoda porque cualquier movimiento se vuelve doble riesgo: protegerla demasiado la hace ver débil frente a Estados Unidos; dejarla caer demasiado pronto exhibiría falta de control sobre su bancada. Con Adán, en cambio, el golpe le otorga cierto margen: lo debilita y, de paso, reduce la influencia que todavía conserva el obradorismo duro dentro del movimiento. En otras palabras, lo que parece desgaste puede volverse oportunidad de consolidación.

El resultado, sin embargo, es evidente: Los Puros —ya sea con Brown en Baja California o con Adán en el Senado— salen debilitados. El discurso de coherencia ideológica se enfrenta a la realidad de acusaciones que minan a sus cuadros más visibles. La percepción pública ya hizo su trabajo: de activos de pureza se transforman en pasivos incómodos. En este ajedrez, los pragmáticos ganan terreno y los ortodoxos pierden margen. Y no por el debate interno, sino porque entre sanciones externas y maniobras internas, la 4T se reacomoda.

El patrón no es nuevo. La OFAC lleva años congelando activos de políticos y empresarios mexicanos. Pero lo que antes se leía como castigo individual, hoy funciona como catalizador político. Washington no elige candidatos ni designa coordinadores... pero su dedo basta para volver intocables a unos e insostenibles a otros. En



Foto Cuartoscuro

ese sentido, el caso Brown no habla solo de narcotráfico y lo de Adán no es solo un expediente en proceso. Ambos reflejan la fragilidad de un movimiento que presume unidad, pero que en realidad depende de choques externos y decisiones selectivas para definir quién manda y quién obedece.

Y en medio de todo eso sigue la pregunta que tantas veces nos hemos hecho en esta columna: ¿cuánto más va a resistir Claudia Sheinbaum antes de dar un manotazo sobre la mesa, y desactivar por completo la injerencia de López Obrador en la toma de decisiones, no solo dentro de la 4T, sino incluso de aquellas que se toman desde Palacio Nacional? ¿o será, acaso, que temas como el de Brown o Adán Augusto son, en realidad, el inicio de este manotazo presidencial?

Sea como sea, algo resulta muy claro: ni Brown ni Adán son el blanco directo de de estos “golpes”: los verdaderos destinatarios son López Obrador y la herencia que todavía pesa sobre la 4T. Al golpear a sus leales, Washington y los operadores internos exhiben el talón de Aquiles del oficialismo: la imposibilidad de blindarse frente a una presión que llega de fuera... y de dentro.

Nos vemos el próximo jueves. Tenemos una cita con el poder. Agendado.

**Para Sheinbaum, ambos episodios tienen lecturas distintas, pero efectos comunes.**

**Brown le resulta incómoda porque cualquier movimiento se vuelve doble riesgo: protegerla demasiado la hace ver débil frente a Estados Unidos; dejarla caer demasiado pronto exhibiría falta de control sobre su bancada. Con Adán, en cambio, el golpe le otorga cierto margen: lo debilita y, de paso, reduce la influencia que todavía conserva el obradorismo**